

Cuenta la Ciudad

Relato colectivo

Autor

Daniel Garrido Durán

Relatos:

Nicolás González Gutiérrez
Diego Ovalle
Daniela Convers
Camila Coral Fernández
Catalina Morales

Ilustraciones:

Daniela Convers
Paula Arteaga Angarita
Laura Poveda

Agradezco de corazón a:

Todos los participantes. Este también es su proyecto.
Estudiantes y docentes de la Maestría en Creación Audiovisual, P.U.J.

Familiares y amigos que participaron:

Gilma Durán, Anita Correa, Juan Camilo Ramírez, Natalia Guerrero
Jessica Téllez, Érika David, Sandra Pulido, Mauricio Martínez, Juan
Blanco, Bibiana Rojas, entre otros.

Portada:

Gordo @GordoIlustra

Diseño Editorial:

Ana María Lozano

Corrección de estilo:

Maria Paula González

Desarrollo Web:

Miguel Bohórquez
Jhonny Sierra

Asesor de proyecto:

Juan Camilo González



Ilustración de Daniela Convers

Yo a usted lo conozco de alguna parte...

Este texto pretende dar cuenta del proceso creativo de *Cuenta la Ciudad, relato colectivo*. Un proyecto de creación colaborativo con presencia web. *Cuenta la Ciudad* tiene como semilla las voces y los relatos de ciudadanos anónimos que se articulan bajo estructuras heterogéneas y responden a la naturaleza del encuentro fortuito en la ciudad.

De esta manera, habitar la ciudad se estudia como fenómeno rizomático que da forma a narraciones complejas y aparentemente desarticuladas, pero es precisamente en esta naturaleza donde yace su potencia afectiva en nosotros.

La articulación de este retrato de ciudad es consecuencia del contra punto entre quienes me cuentan sus historias y mi propia mirada. Aquí, confluyen mi subjetividad sobre cómo me relaciono en la ciudad y la subjetividad de los otros. El proyecto tiene que ver con mi mirada, pero su sentido, las partes más importantes y los nodos de la red se los delego a los otros.

El texto retrata mi experiencia de vivir y relacionarme en Bogotá, así como el esfuerzo por contener y dar sentido a los relatos de los desconocidos que a diario me cruzo. Tiene un tono narrativo en primera persona porque resultó ser el más conveniente para un escrito en el que participan varias voces.

La forma en que está hecho el proyecto pretende replicar mi percepción de la ciudad y mi reflexión sobre cómo interactuamos con los demás. En ocasiones, el texto se verá interrumpido por otras voces, otros relatos, incluso mis propios recuerdos. Tal y como es la experiencia de vivir la ciudad: imágenes múltiples, voces que se confunden, percepciones fugaces, pensamientos desordenados. Todos estos fragmentos aparecen sorpresivamente y forman recorridos, anécdotas, impresiones, historias.

A lo largo del texto, usted podrá conocer cuáles fueron los referentes y las inspiraciones para este proyecto. Además, cómo la investigación y los diferentes acercamientos al tema llevaron a darle su forma audiovisual actual.

“Me vas a mirar raro”

«¿Sabes si se demoran mucho en salir?», fue lo primero que me dijo. Llevábamos media hora sentados en el mismo árbol, casi en lados opuestos del robusto tronco. Yo ya la había notado. Ella llevaba puesto un abrigo negro que cubría su traje largo verde aguamarina. Sin embargo, lo que había llamado mi atención no fue su atuendo, sino los tres perros schnauzer que la acompañaban. Dos vestían traje de falda y uno un esmoquin. Ninguno parecía sentirse incómodo.

Le dije que no sabía cuánto demorarían en salir y permanecimos en silencio durante otros veinte minutos. Antes de que me hablara yo había estado leyendo mientras esperaba a que mi novia saliera de un curso que estaba tomando en la Universidad Nacional. Después de caminar por el campus, decidí sentarme en aquel árbol mientras observaba a un grupo de personas jugar con un balón en la Plaza Ché.

- ¿Puedes tenerme el perro? Una de las perritas está en celo y se pone muy cansón.

Así comenzó nuestra charla. Me contó que estaba esperando a su mejor amiga, quien se estaba graduando en ese momento y era la dueña de los perros. Ambos asumimos que el otro era estudiante y ambos nos sorprendimos al darnos cuenta que ninguno de los dos lo era y que yo doblaba su edad. Ella tenía 14 años y yo 30, pero su apariencia era de una mujer mayor de edad, probablemente por lo arreglada que estaba.

Después de hablar brevemente sobre lo que cada uno hacía, y de responder preguntas casuales, me dijo que la razón por la que no había ingresado a la ceremonia de grado, además de cuidar a los perros, era porque no era una persona muy sociable. Le gustaba estar sola y casi no hablaba con nadie.

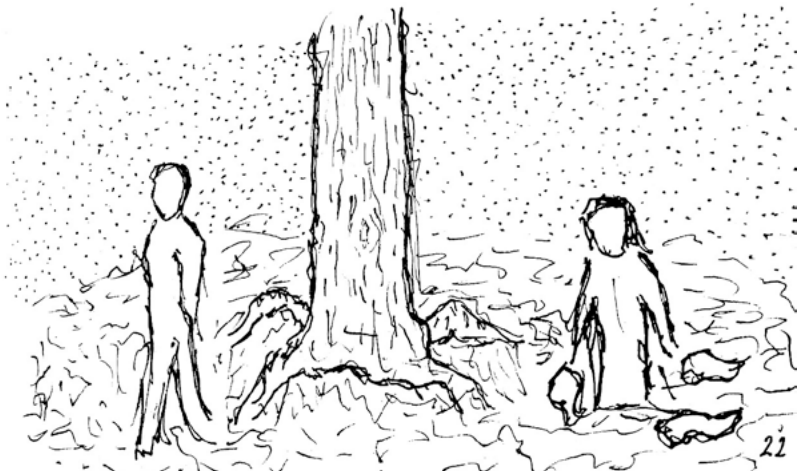
- Cuando estoy sola hago cosas extrañas.
-¿Qué cosas?
-No te quiero mostrar porque me vas a mirar raro.
-Te prometo que no.

Tras dudarle por un instante, levantó la manga izquierda de su abrigo. Había numerosas cicatrices de cortes a lo largo de su antebrazo. A pesar de que no había mucha luz, algunas se veían rojizas, como si fueran recientes. Al levantar la mirada me encontré con sus ojos. Intenté mostrarme lo más calmado posible a pesar de estar impresionado.

No tenía idea de qué debía decir, tal vez no decir nada era lo más apropiado. Alguna vez, en clase de francés, conocí una chica que se había cortado cuando era más joven y recordé que me había dicho que ese era un tema tabú para ella. Permanecí en silencio hasta que Vanessa, así se llamaba la chica de los perros, retomó la conversación.

-Lo hago desde los ocho años.
-¿Sabes por qué lo haces?
-Sí...
-¿Tu mamá sabe que lo haces?
-Alguna vez se dio cuenta, pero no le importó.
De resto, solo saben tres personas. Mi hermana, mi mejor amiga y ahora tú.

No sé si era verdad, no sé qué la llevó a decirme eso, pero yo intentaba seguir indagando en el motivo que la llevaba a lastimarse, con la intención insulsa de poder decir algo que la ayudara. Realmente no sabía qué decir, ¿Cómo debía actuar en un momento así? Me sentía perdido. Solo podía ser sincero. Finalmente, después de conversar un rato me dijo que tenía mucha rabia consigo misma, que se cortaba porque se sentía bien cuando lo hacía.



Registro del encuentro con Vanessa. Septiembre 2017

Probablemente nunca vuelva a ver a Vanessa, ya de por sí las condiciones en que nos encontramos eran improbables, de hecho, no he vuelto a ir a la Universidad Nacional desde aquel día.

La verdad, no hace falta que nos volvamos a ver, el propósito de dicho momento, si es que hay tal cosa, era existir. Aquellos encuentros fugaces, con desconocidos, sin aparente propósito, no tienen más sentido que ocurrir. Lo que queda en cada uno de los involucrados es incierto.

Estaba en tercer semestre de la Maestría en Creación Audiovisual de la Universidad Javeriana cuando esto me pasó. Mi proyecto, *Cuenta la Ciudad, relato Colectivo*, investiga las interacciones entre desconocidos y los relatos que surgen de dichos encuentros.

Siempre me ha intrigado conocer qué pensarán o tendrán por decir esas personas que diariamente me rodean y acompañan en las calles, los buses, los parques, los centros comerciales, etc. Personas que en su mayoría pasan desapercibidas ante mis ojos y, seguramente, yo ante los suyos.

En principio pensé que mi interés era por la ciudad en sí, como personaje. Cuando por primera vez pensé el proyecto, imaginaba pequeños clips documentales que utilizaran como excusa al ciudadano, pero terminaran hablando de alguna característica o condición de la ciudad. Así comenzaría con una anciana que visita un humedal, para finalmente dar cuenta del programa ambiental de la ciudad.



Primera aproximación audiovisual al tema de ciudad. Junio 2016



Luego, seguí explorando esta idea de manera más íntima con una suerte de video ensayo sobre mi forma de relacionarme, desde la imagen, con las ciudades que visito y sobre el tipo de grabaciones que realizo.

Cuando intentaba hacer un video sobre una ciudad, terminaba dando más protagonismo a las historias de quienes entrevistaba. Mi voz era insuficiente para dar cuenta de lo que había sentido en esa ciudad. Mi experiencia daba una imagen reducida y limitada de la realidad. Necesitaba más voces que opinaran diferente, que a través de su propio relato complementaran el mío, y también lo que quería expresar.



Ensayo audiovisual *¿Cómo te vemos?* Noviembre 2016

Comprendí entonces que, si mi interés era la ciudad, debía verla como la enorme masa heterogénea que es. Mi mirada se posó entonces sobre sus habitantes. Eran siempre sus historias las que terminaban llamando mi atención. Solamente explorando lo micro, podía dar una imagen de lo macro.

La inquietud sobre cómo percibo la ciudad la trasladé a los otros. Primero preguntaba cómo se sentían en ese lugar, lo que les gustaba y lo que no. En sus respuestas era recurrente el tema de los transeúntes y conciudadanos como aspectos positivos o negativos. Nunca se referían a la ciudad sin hablar sobre sus relaciones con los demás. Rápidamente, la interacción con los extraños ocupó el centro de mis conversaciones.

Para el momento de este encuentro con Vanessa, el proyecto ya me había llevado a recopilar voces de personas a las que abordaba en las calles y parques para preguntarles sobre sus anécdotas ciudadanas y sus encuentros con desconocidos más memorables.

Irónicamente, hasta ese momento, yo no tenía una anécdota con un extraño que sobresaliera. Allí, en la Universidad Nacional, el tema que buscaba en otros apareció frente a mí y me hizo partícipe directo en mi proyecto, por lo menos como narrador y no como recopilador y curador del material.

Como Vanessa y yo, hay desconocidos que se conectan a diario, sin proponérselo la mayoría de las veces, me atrevería a decir. Tal vez sin saber la razón. ¿Por qué voy a querer interactuar con alguien con quien no tengo ninguna relación más allá que el tener que compartir un espacio?, ¿será que dejamos de ver al otro como un sujeto que, como yo, también habita ese espacio así sea por un instante?

Caminata de 5 minutos.

Parada de bus. Fila de gente esperando.

Complementario con puestos.

Cajas registradoras libres.

Puente peatonal.

Espera de 20 minutos.

Puertas de estación dañadas.

Transmilenio repleto.

Una mirada curiosa.

Una sonrisa tímida.

Un asiento vacío.

Dos paradas.

Una conversación.

Algunas miradas.

Tres paradas.

Un estrechón de manos

Transmilenio con puestos.

·Puente peatonal.

Caminata de 20 minutos.

Recorrido cotidiano documentado por el autor.
Mayo 2017

Las calles, los buses, los parques, las plazas, las paradas de bus, etc. son espacios que nos aglutinan, nos invitan, nos obligan a estar cerca; en ocasiones literalmente pegados unos a otros, como en los buses atestados de quienes solo añoran llegar a su destino. Estos son espacios de paso, en los que sabemos que tendremos que estar poco tiempo; así en la realidad sean horas completas como en los recorridos de bus. Espacios en los que muchas veces al momento de entrar, solo queremos salir.

En medio de esta búsqueda de la mirada de los otros, realicé un ejercicio de instrucción con doce participantes. La intención era delegarles parte de la creación sobre algunos elementos del proyecto. La idea surgió a partir del encuentro con el trabajo de los situacionistas y sus ejercicios de arte por instrucción. Principalmente llamaba mi atención el concepto de deriva que Guy Debord planteaba:

Entre los procedimientos situacionistas, la deriva se presenta como una técnica de paso ininterrumpidos a través de ambientes diversos. El concepto de deriva está ligado indisolublemente al reconocimiento de efectos de naturaleza psicogeográfica y a la afirmación de un comportamiento lúdico-constructivo que la opone en todos los aspectos a las nociones clásicas de viaje y de paseo.

Una o varias personas que se entregan a la deriva renuncian durante un tiempo más o menos largo a las motivaciones normales para desplazarse o actuar en sus relaciones, trabajos y entretenimientos para dejarse llevar por las sollicitaciones del terreno y por los encuentros que a él corresponden.

(Debord, 1958)

Para los situacionistas, la deriva permitía romper con la rutina, sentir las calles de forma diferente, describirlas por colores o sentimientos en vez de nombres y números. Yo quería conocer cómo los participantes se relacionaban con los lugares que debían habitar en su cotidianidad y cuáles eran los sentimientos que asociaban.

Durante una semana les solicité que siguieran diferentes instrucciones, todas relacionadas con el espacio, y las documentaran a través de fotografías. El ejercicio buscaba dar cuenta de cómo las personas se relacionaban con los lugares que debían habitar en su cotidianidad. Una de las instrucciones era tomar una fotografía de un lugar donde debía estar, pero no le gustaba. Todos eran espacios públicos, la mayoría de ellos, en el transporte.



Instrucción: foto del lugar en el que debe estar, pero no le gusta. Miércoles 5 de octubre de 2016



El ejercicio revelaba que la mayoría de personas busca escapar de estos lugares. Sin embargo, no permitía ver que, gracias a esa confluencia de situaciones, emergen encuentros inesperados. Esto era lo más maravilloso: que esas conexiones ocurran en espacios donde no lo esperamos, o deseamos, genera una potencia afectiva enorme que es difícil de encontrar en otros lugares.

Los espacios públicos, tantas veces odiados, son de todos, pero al mismo tiempo de nadie. Y es precisamente por esta condición del espacio, por esta maraña que es la ciudad en realidad, que las diferentes formas de apropiarlo y habitarlo se articulan y conectan, dando paso a constantes y cambiantes relaciones fugaces. Tanto para quienes literalmente viven en las calles, como para quienes lo reclaman con gestos artísticos como el grafiti, o para quienes solo es un lugar de paso. Todos constituimos el espacio público.

El mundo de hoy nos invita a no ver a los otros, a pasar de largo, a permanecer callados y conectados a nuestros audífonos, a evitar las miradas y las conversaciones, a eludir al otro, si es posible. Sin embargo, es imposible no hacer parte de lo público. Esto permite dinámicas y fenómenos que de otra forma no podrían existir, alteran las estructuras estáticas, dinamizan las jerarquías, las clases sociales, las edades, etc. Las categorías sociales que nos separan en la cotidianidad de los barrios estratificados donde vivimos, de los lugares de trabajo o de los centros de educación se diluyen en la interacción con la ciudad.

"En las calles se confunden
El obrero y el patrón
En las calles se confunden el
obrero y el patrón.
El uno va hacia su choza
Y el otro va a su mansión
(bis)

En las calles se confunden
El obrero y el patrón (bis)
Pero solo es en las calles
Y en ninguna otra ocasión"
Canción Revolucionaria de los
años 70, Bogotá Colombia
(parodia música de Cuchipe)

Cuando mi madre recordaba las marchas y protestas como espacios donde conoció extraños, cantó esta canción.

La idea de la ciudad como espacio que cuestiona las jerarquías y dinamiza las relaciones nos es común a todos, aún sin saberlo. 2017

Acciones tomadas de la calle. (1)

Lugar: Parque central de Villa del Prado

Hora: 9:00 a.m.

Entra un hombre. Hay una banca de parque y cerca de ella, en el suelo, está escrita la palabra "Host #6" con pintura blanca. Viste jeans y camisa a cuadros azul. Lleva el cabello crespo, abundante, desordenado y canoso bajo una boina de cuero. En sus manos trae un ramo de rosas rojas recién comprado, que deja encima de la palabra escrita en el suelo de forma ceremonial, luego va hacia la banca y del bolsillo de su camisa saca una tiza blanca con la que comienza a escribir en el asiento. Escribe, entre otros garabatos inentendibles, la frase "Yo no sé jugar al fútbol". Luego camina más allá del ramo y escribe en el suelo más frases en una caligrafía ilegible. Por último, escribe justo bajo el ramo la frase "This is the day of marzo". Desecha la tiza gastada y sale caminando a tumbos, como si estuviera ebrio. Antes de desaparecer del todo, saca del bolsillo de su camisa dos tizas nuevas y las deja cuidadosamente en el suelo. Segundos después entra una mujer de contextura gruesa, vestida con una sudadera violeta. Mira en la dirección en la que se fue el hombre y, con una sonrisa en su rostro, toma el ramo y sale rápidamente.

Nicolás González Gutiérrez

Ciudad Rizomática

En su libro *Mil mesetas*, el segundo volumen de *Capitalismo y esquizofrenia*, la dupla de filósofos Gilles Deleuze y Félix Guattari establecen el término *rizoma* para explicar que el pensamiento, como el lenguaje, no es estático sino dinámico. Este concepto, tomado de la botánica, les sirve para dar cuenta de su pensamiento filosófico. Un rizoma es un tallo subterráneo con varias yemas que emiten raíces y brotes que se extienden y bifurcan en varias direcciones. A su vez, estas bifurcaciones pueden constituir nuevas raíces y brotes, por lo que no es posible identificar una raíz principal que soporte a todas las demás. Además, los rizomas crecen indefinidamente y aun cuando son separados, cada parte puede dar paso a una nueva planta y, por supuesto, a un nuevo rizoma. El césped y el jengibre son rizomas familiares para nosotros.

Toda esta idea se contrapone a la del árbol; una estructura biológica que se enraíza profundamente en el suelo, que tiene jerarquías en sus partes: la raíz siempre precede al tronco, a las ramas, al fruto, pero nunca, al contrario. Esta estructura ha sido tomada como figura que representa la organización y jerarquía: desde los árboles genealógicos, donde quienes iniciaron la familia yacen en la raíz; hasta los árboles como metáfora en las metas corporativas de instituciones, donde los objetivos a alcanzar son los frutos.

Para Deleuze y Guattari, el mundo se representaba como árbol, cuando en realidad es inevitablemente un rizoma:

La naturaleza no actúa de ese modo: en ella hasta las raíces son pivotantes, con abundante ramificación lateral y curricular, no dicotómica. El espíritu está retrasado respecto a la naturaleza. (...) Hasta los animales lo son cuando van en manada, las ratas son rizomas. Las madrigueras lo son en todas sus funciones de hábitat, de provisión, de desplazamiento, de guardia y de ruptura. En sí mismo, el rizoma tiene formas muy diversas, desde su extensión superficial ramificada en todos los sentidos hasta sus concreciones en bulbos y tubérculos: cuando las ratas corren por encima de otras. En un rizoma hay lo mejor y lo peor: la patata y la grama, la mala hierba. (Deleuze & Guattari, 2008, págs. 11-12)

La ciudad es una red rizomática de la que, inevitablemente, todos somos parte, «la patata, la grama y la mala hierba». En la calle todos habitamos una red que crece en todos los sentidos. Somos un nodo y, sin quererlo, nos conectamos y relacionamos con los demás ciudadanos. Es lo que estos filósofos determinaron como los principios de conexión y de heterogeneidad del rizoma: «Cualquier punto del rizoma puede ser conectado con cualquier otro, y debe serlo. Eso no sucede en el árbol ni en la raíz, que siempre fijan un punto, un orden». (Deleuze & Guattari, 2008, pág. 13)



Bogotá rizoma. Ilustración del autor. Septiembre 2017

Adicionalmente, en este mismo principio, establecen que en el rizoma hay «eslabones semióticos» de cualquier naturaleza que se conectan de formas diversas:

Un eslabón semiótico es como un tubérculo que aglutina actos muy diversos, lingüísticos, pero también perceptivos, mímicos, gestuales, cogitativos: no hay lengua en sí, ni universalidad del lenguaje, tan sólo hay un cúmulo de dialectos, de *patois*, de *argots*, de lenguas especiales. (Deleuze & Guattari, 2008, pág. 13)

Los espacios públicos en la ciudad como el transporte, las plazas, los parques, las aceras o los semáforos pueden ser también entendidos como estos «eslabones semióticos» que nos aglutinan de diferentes formas. Lugares en los que no solo convergemos personas con múltiples diferencias, sino que lo hacemos en condiciones cambiantes y únicas. Basta con salir un día temprano del trabajo, o cambiar nuestros recorridos para alterar la dinámica y composición de esta red rizomática. «Un rizoma no cesaría de conectar eslabones semióticos, organizaciones de poder, circunstancias relacionadas con las artes, las ciencias, las luchas sociales». (Deleuze & Guattari, 2008, pág. 13)

La forma del rizoma nunca será una sola, ni tampoco será predecible, ya que en el mismo sentido en que se expande y crece, todo su cuerpo, que a la vez son cuerpos que se prolongan exponencialmente, se estará transformando constantemente. Nuevos brotes surgirán, otros morirán, otros se separarán y darán pasos a nuevas bifurcaciones. Las ciudades, y particularmente la experiencia de habitarlas y relacionarnos con los demás, también son rizomáticas: cambiantes, dinámicas, incontrolables, heterogéneas. Una gran unidad que no es una sola, sino muchas.

Deleuze y Guattari plantean entonces el principio de multiplicidad. El rizoma no se puede reducir ni a lo Uno ni a lo múltiple porque no está hecho de unidades, sino de dimensiones. «Una multiplicidad no tiene ni sujeto ni objeto, sino únicamente determinaciones, tamaños, dimensiones que no pueden aumentar sin que ella cambie de naturaleza (las leyes de combinación aumentan, pues, con la multiplicidad)». (Deleuze & Guattari, 2008, pág. 14)

Esta idea de la multiplicidad ya se había instalado como idea en el proyecto, sin embargo, la articulación los relatos, aún distaba formalmente del concepto de rizoma. Cuenta la ciudad debía no solo recoger múltiples voces y relatos, sino también articularlos correctamente para desde lo micro dar cuenta de lo macro.

No mucho

Ella sabía muchas cosas, era evidente, y si no era cierto, al menos lo aparentaba de maravilla, y precisamente cuando abría el abanico de posibilidades con un “como quieras”, aunque ella estaba cediendo la decisión, él sentía que todo estaba ya decidido y que cualquier opción iba a ser justo la que ella había querido, era dueña del destino y ni siquiera lo manejaba, sólo lo dejaba ser y así se apropiaba de él, y todo lo que sucedía era por voluntad de ella, y cuando parecía no haber más que un cigarrillo para apretar entre los labios, él la sorprendía observando detenidamente una teja rota o una paloma en la cornisa.

Eran calles estrechas, empinadas, como caminos reales de otrora, y caminar se hacía más difícil aunque igual era fascinante, las ventanas cerradas del medio día los observaban, esperando a que tuvieran un plan, cuidando sus espaldas, o tal vez cuidando a la ciudad de lo que ellos fueran capaces de hacer, pero solo había pasos y una que otra palabra cruzada, para aclarar dudas, casi todas que él tenía sobre ella, y los empedrados que abundaban cada vez más mientras la masa urbana se hacía pequeña en el horizonte.
- Quisiera saber qué pasa con las casas olvidadas.

- Nadie olvida una casa, eso es de alguien, y si no es de nadie, el dueño es quien la recuerde.

- Por eso les tomas fotografías?

- No, yo no quiero una casa, quiero ver si algo interesante pasa, un candado en la puerta o un grafitero que decida entrar.

- Las casas abandonadas no son tan suertudas casi nunca, siempre terminan siendo fotos o lienzos sucios.

- Tal vez ésta no, tal vez alguien se asome por el balcón a tomar aguapanela a las 3 am.

-Eres algo ingenuo.

-Lo prefiero mucho, era ser ingenuo o ser administrador de empresas o abogado.

Cada tanto él la miraba, buscando una señal de algo, pero ella era enigmática, miraba puntos específicos y en su rostro no había ninguna expresión muy marcada, pero igual la miraba, esperando, ingenuo como ella había dicho, y ella sólo seguía caminando, no le incomodaba su mirada encima de los hombros ni su presencia al lado para donde se dirigiera, no decía mucho, se dedicaba a recibir, a escuchar, a esperar, y eso hacía que él se mordiera el cerebro pensando en lo que había detrás de los silencios (que también parecían planeados por ella, como todo, aunque nada lo fuera), y cuando se despidieron, él se quedó en blanco sin saber si ella lo había pasado bien, si la iba a volver a ver, si ella opinaba algo distinto, no sabía nada ni tenía indicio de lo que ella iba a decir o hacer, así que supuso que ella era libre, que desaparecería para siempre y que la vería de vez en cuando en un carnaval o en alguna tertulia tomando café, como un fantasma, y se resignó a que iba a estar siempre a la deriva.

Diego Ovalle

Narrativa de ciudad

La estructura narrativa que responde a esta premisa del rizoma ha sido investigada por la teórica, profesora y crítica de cine Marsha Kinder desde hace años. En sus estudios, Kinder ha explorado la “narrativa de bases de datos”, que define de la siguiente manera:

La narrativa de base de datos se refiere a esas narrativas, ya sea en novelas, películas, juegos u otras formas narrativas, cuya estructura expone los procesos duales de selección y combinación que se encuentran en el corazón de todas las historias y que son cruciales para el lenguaje: la selección de personajes particulares, imágenes, sonidos, eventos de una serie de paradigmas, que luego se combinan para generar cuentos específicos. Al plantear cuestiones meta-narrativas, tales estructuras revelan la arbitrariedad de las decisiones particulares tomadas y la posibilidad de hacer otras combinaciones, lo que crearía historias alternativas. Esta dinámica debilita el dominio hegemónico de las narraciones maestras, que parecen arbitrarias en este nuevo contexto. (<http://www.marshakinder.com>, 2016)

La descripción de Kinder se conectaba directamente con el espíritu del proyecto. Si bien los relatos de los ciudadanos obedecían a la narrativa clásica, la forma en que la ciudad me atravesaba presentaba otros discursos narrativos. Lo que Deleuze y Guattari proponían como estructura de pensamiento, Kinder lo explora en términos prácticos dentro de la creación audiovisual.

Esta estructura narrativa no es nueva ni exclusiva de la era digital. De hecho, en una iniciativa investigativa llamada *The Labyrinth Project*, Kinder y su equipo exploraron temas como la narración interactiva y las narrativas no lineales con bases de datos. Su intención, además de la producción de proyectos multimedia con varios artistas, era investigar las relaciones entre medios tradicionales como el cine y su capacidad inmersiva; las estructuras de bases de datos y el potencial interactivo de los nuevos medios digitales.

En un ensayo, fruto de estas investigaciones llamado *Designing a Database Cinema*, Kinder se refiere a aquellos filmes y proyectos artísticos no digitales que ya hacían uso de las bases de datos para configurar su narrativa.

En contraste con la previsibilidad de la mayoría de las películas de Hollywood, las propias películas de Buñuel están llenas de sorprendentes rupturas que revelan el potencial subversivo de la narrativa de la base de datos. Las sacudidas surrealistas no solo evitan que los espectadores se identifiquen por completo con los personajes, sino que las repeticiones estratégicas exponen la infraestructura de la base de datos que generalmente se esconde detrás de la historia. (...) En estas películas, uno puede seguir cualquiera de las líneas narrativas que, aunque ingeniosamente entrelazadas a propósito, nunca se unen: una red que permite al espectador observar el motor narrativo en acción. (*Designing a Database Cinema*, 2003)

Estos elementos de los filmes surrealistas de Buñuel generaban posibilidades narrativas que excedían los límites de la narración formal. Jugaba, desde la repetición y la sorpresa, con las imágenes y categorías, casi estáticas, de los filmes americanos, como los ambientes y los personajes principales. Obligaba así al espectador a hacer nuevas lecturas.

Pensando estos conceptos en relación con mi proyecto, notaba que en los primeros ejercicios la narración clásica, o “narrativa maestra”, siempre primaba y las posturas que aparecían de la ciudad eran reducidas. Debía, entonces, interrumpir esas historias que me contaban de manera aprendida. Debía dislocar el discurso y fragmentar esos relatos, jugar con ellos, permitir que se relacionaran con las historias de los otros. Debían surgir relaciones que, en el relato homogéneo, estaban ocultas.

En otro ensayo, producto de su trabajo investigativo con The Labyrinth Project, Kinder reconocía también la importancia de la narrativa de base de datos en el documental:

El documental de base de datos es una forma discursiva de empoderamiento que proporciona acceso tanto a una serie de narrativas rivales (ya sea de verdad o de ficción) como al archivo subyacente de los materiales a partir de los cuales se hilan. Revela ideológicamente lo que está en juego en la distinción entre base de datos (una forma dominante en el discurso digital contemporáneo, cuya política tiende a ser desautorizada) y narrativa (la forma tradicional que supuestamente desplaza, cuyo bagaje ideológico es bien conocido). Sin embargo, al incorporar su inevitable combinación, el documental de la base de datos expone el funcionamiento ideológico de ambos. (Reorchestrating History: Transforming The Danube Exodus into a Database Documentary, 2011)

Hoy, me doy cuenta de que en mi proyecto había también narrativas rivales que se complementaban desde el inicio. Por un lado, estaba mi mirada de autor que contaba la ciudad y, por otro, los relatos de los participantes. Mis decisiones arbitrarias -como la puesta en escena de las imágenes y su encuadre que ficcionaban de alguna forma la realidad- convergían con ese índice de realidad que había confiado en las voces de otros. Son realidades a las que solo podemos acceder si ninguna de las dos miradas se impone de manera absoluta.

En esa negociación, el planteamiento ideológico del proyecto se evidencia. Hay ambivalencia, la narración no es jerárquica, los protagonismos son difusos, aparecen otras relaciones con la verdad. Ya no importaba solo la multiplicidad de voces, sino cómo las iba a articular. El proyecto, que no es árbol, sino rizoma, me exigía en este punto explorar de lleno la narrativa de bases de datos y revelarla al espectador.

Esa noche

Esa noche, de las primeras de mayo, no dormí bien. Dibujé un rato, me recosté en la cama. Instantáneamente mi mente comenzó a examinar, evaluar y analizar, me siento en esas ocasiones como una maquinita, tititititi , con lucecitas rojas y verdes titilando, y sacando conclusiones sobre un montón de datos sin sentido, cosa que me ocurre con frecuencia; sin embargo, esta vez por la ventana, que no estaba abierta, se colaba un frío terrible. Soñé que me calentaban el corazón sobándolo con una de esas esponjillas de aluminio, y esas no son cosas sobre las que valga la pena detenerse a pensar, no hay sea que le llenen a uno la cabeza de cucarachas.

Así que me levanté de buen ánimo, aunque con cierto escozor entre los senos, pensé con ingenuidad y entusiasmo sobre el día venidero, no fue sino poner un pie en el transmilenio para darme cuenta de que el día iba a ser un infortunio tras otro, no fue así, la vida siempre se las arregla para echarnos al suelo, pero también tiene formas de ofrecernos una mano que nos levanta.

Lo supe, que iba a ser un mal día, cuando no alcance a coger puesto en el troncal K23, que como algunos sabrán, pasa siempre desocupado, me senté en el piso. Ahí donde ambos vagones se unen en la mitad. Llegué tarde a clase, encima el maestro no me tiene en la mejor estima. De todas formas, entré muy campante y me senté en el puesto al lado de la puerta. No hube puesto las asentaderas sobre el asiento cuando mirándome de forma reprobatoria dice: señorita Suárez, discúlpeme si me equivoco ¿No es su turno de exponer hoy?

Entré en pánico, creo que tenía que ver con el sueño de la esponjilla de aluminio, pero no puedo explicármelo y mucho menos podría hacerlo al lector, lágrimas primero silenciosas, luego histéricas comenzaron a resbalar por mis mejillas, el maestro Gutiérrez me miraba desconcertado. Finalmente dijo: cálmese Suárez, no pasa nada, es solo una nota. Yo me fui sin decir nada, cerré con un

porrazo la puerta del salón a mis espaldas.

Los ruidos de los carros, las risas de la gente, todo me causaba confusión, así que decidí ir al parque de la trece, el de la gran Colombia. Me senté junto a un árbol y no sé porque sollocé durante casi diez minutos, pensaba en el sueño de la esponjilla de aluminio, y en las lucecitas de la máquina titititic. Entonces sentí que una presencia amiga se aproximaba, y mi cuerpo se suavizó y relajó. Estaba cubriéndome los ojos con las manos así que no supe quién era cuando sentí una palmadita en la espalda. Me volteé sonriendo y para mi sorpresa no era una mano amiga la que me ofrecía la vida para ayudar a levantarme, era una garra, una pata de un pitbull cachorro color azafrán. La bondad tiene una fuerza increíble y sólo ese pequeño gesto de cariño, así viniera de una fuente inesperada, fue capaz de sacarme de mi melancolía.

Anochece, y cantan los pájaros de la tarde, que se imaginan que amanece una vez más a través mi ventana

Daniela Convers

Relato Colectivo

Antes de tener claridad sobre la narrativa de datos que me pedía el proyecto, ya había comenzado la tarea de recolectar anécdotas y relatos para alimentar esa base de datos. Buscaba los encuentros fugaces, esos chispazos de humanidad que nacen y mueren constantemente en este entramado complejo, donde las diferentes formas de vivir la ciudad se fusionan y donde todo parecer ser caos.

Primero en audio y luego en video. Sus anécdotas quedaban registradas y efectivamente permitían encontrar elementos comunes como los espacios públicos, la aleatoriedad de los encuentros, las conversaciones profundas, las compañías en tiempos solitarios, las risas espontáneas, los gestos de apoyo impensados, etc. En general, los múltiples tópicos que habitan la urbe de forma permanente pero nunca igual: la empatía, el miedo, el coqueteo, el amor, la tristeza, la complicidad, etc.

Las estrategias para conseguir los relatos eran variadas. Me imponía ejercicios de deriva en los que seguía instrucciones al azar, como por ejemplo voltear solo a la derecha hasta llegar a un parque o un lugar concurrido y allí hablar con desconocidos. También implementé estrategias más cercanas a la comunicación y publicidad como instalarme en una plaza para comprar historias a mil pesos.



Acción *Historias por mil*. Junio 2017

Estos ejercicios eran interesantes porque, mientras alimentaba la base de datos del proyecto, el tema de investigación se reflejaba formalmente. Yo quería conocer relatos sobre estos encuentros entre extraños y la manera de hacerlo era propiciar uno yo mismo. En más de una ocasión me dijeron que no se les ocurría qué contar, que la interacción más interesante que habían tenido con un desconocido era ese momento incómodo que yo les estaba haciendo pasar.

Los registros iniciales eran en audio, video y texto. Algunas personas deseaban colaborar escribiendo; otras, muy pocas, no tenían problema en salir frente a la cámara; y la gran mayoría solo aceptaban que se grabara su voz.

En esa etapa del proyecto, aún no tenía clara su forma narrativa y consideraba que lo más adecuado era una colección de relatos documentales. Mi aproximación respondía a un pensamiento más clásico de lo que es el audiovisual, pero pronto encontré límites que no me permitían comunicar la visión de ciudad que yo investigaba.

Las historias no dejaban de ser independientes y solo se articulaban por el tema general. La complejidad de las interacciones en la ciudad se perdía en cada anécdota por separado. Había relatos, como el de Mauricio, que daban cuenta de una historia donde el protagonista se sentía héroe, aún sin proponérselo. Y no es para menos. En su relato, me contaba de una conversación que había tenido con un extraño que había estado cerca de suicidarse y no lo hizo gracias a esa charla, o por lo menos eso le dijo. Otras historias hablaban de clasismo, empatía, desconfianza, solidaridad, etc. Muchos temas que reflejaban lo que yo investigaba en la ciudad, pero que por sí solos no se articulaban de la manera que deseaba.

La imagen, en esas aproximaciones, no distaba mucho del encuadre clásico de entrevista periodística y no presentaba la idea de rizoma como metáfora de ciudad que, para ese entonces, se empezaba a afianzar en el proyecto. La imagen debía ser capaz de transmitir la conexión, heterogeneidad, aleatoriedad y multiplicidad que es la ciudad, pero no lo lograba.

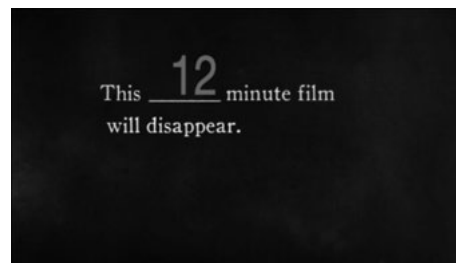


Relato documentado de Mauricio Ocampo.
Agosto 2017

Un referente que surgió entonces, y ha sido fundamental, es el proyecto audiovisual *Seances* de Guy Maddin realizado para la National Film Board de Canada. Allí, el director, junto a su equipo, utiliza la narración con base de datos para explorar el tema de la desaparición y la pérdida de la imagen.

En Seances, (sesiones de espiritismo en español) el usuario tiene la posibilidad de conjurar películas perdidas reconstruidas por Maddin a través de algoritmos que generan de manera aleatoria una película única e irrepetible, que no se puede pausar, adelantar o devolver. Solo existe en el instante que el espectador está frente a ella. Por tal razón, la advertencia inicial: vea este film antes que desaparezca.

Maddin estaba interesado en la desaparición de la imagen y en la creación artística desde internet. En proyectos anteriores, como *Hauntings* de 2010, ya había rehecho películas perdidas, aquellos filmes que no existen en ningún tipo de archivo, ni siquiera en colecciones privadas. Ahora, las utilizaba, junto a nuevo material, para conformar una extensa base de datos que permitía la creación de nuevas películas de forma infinita.



Seances por Guy Maddin, Evan Johnson y Galen Johnson

La idea de que la imagen desaparece, no solo físicamente, como ocurre con el 80% de los filmes silentes, sino en el tiempo, está presente en la esencia misma del proyecto. No hay forma de almacenar estas películas, simplemente porque nunca terminan.

El hecho de que sea un proyecto que ocurre en la internet le permite tener características que privilegia este medio: hacer que la obra nunca se forme igual. Nadie sabe cómo será la próxima vez, ni siquiera el artista. Las combinaciones son incalculables si se tiene en cuenta la vasta selección de películas disponibles y los filtros y efectos que también alteran la imagen.

Yo siendo Ella

Cuando camino por las calles de Bogotá, siendo mi hora predilecta para hacerlo las cinco de la tarde, cuando el cielo es color mandarina, las personas que primero captan mi atención son aquellos que tienen por hogar esas calles. Aquellos a los que les pertenecen, que las han hecho suyas, ya sea por haberse visto forzados o por haber tomado ciertas decisiones en su vida que encaminaron su destino hacia esa amplitud: la de la ciudad. Ellos están condenados a verse sumergidos todos los días en la hondura y espesura de Bogotá. Y en esa condena también reside su libertad, su cotidianidad, su vida.

La Bogotá de ellos no es la mía, cada uno vive la ciudad de un modo particular. Y a veces uno está tan cansado de su día que se torna reacio a la vida misma, comienza a ignorar la danza que se moviliza a su alrededor, ignora la armonía que se ha formado de tantas disimilitudes: las voces del pueblo, las bocinas enfadadas de los autos, el murmullo de un par de aviones que acarician el cielo, el juego de los pulgares sobre una pantalla embrutecedora, las suelas agotadas rozando el asfalto a la espera de llegar a casa... Todo esto que muchas veces es para nosotros solo ruido es una armonía disímil. Es un caos que pone a prueba nuestra sensibilidad día a día.

Se considera extraño al que no es yo, al que no está en el círculo social que nos rodea. ¿Pero acaso uno no es también extraño de uno mismo? ¿Acaso uno no se está re-conociendo todos los días? ¿Acaso las artes, la poesía, la música, no son todas expresiones de búsqueda del yo? Somos extraños de nosotros mismos y también es extraño el otro: esa oficinista que vemos en cualquier bus camino a casa, ese estudiante mirando ansioso su reloj queriendo llegar a tiempo al parcial, esa madre abriendo paso en el TransMilenio para entrar el coche en el que reposa su vida, ese vagabundo que ya se sabe de memoria las calles en donde vende y mendiga... Todos ellos son extraños para nosotros, pero hacen parte de nuestro día, interactuamos (queriendo o no) con ellos, mantenemos un diálogo (ya sea silencioso o ruidoso) con esas voces. Cada uno de ellos es un yo: él es yo y ella igual. Esos ojos ven la ciudad que yo camino y la viven, mis ojos ven también la ciudad de ellos. Y así, el mundo es relatado por perspectivas extrañas, por miradas extranjeras.

Volviendo a los condenados a la espesura de Bogotá, quiero dar mi perspectiva sobre un encuentro corto, pero valioso, que tuve con un extraño, con un él que su vez soy yo. Sucedió en un café cerca de mi universidad. Estaba tomando un tinto con un amigo, charlando y pasando el rato hasta las siguientes clases. Entró un señor al lugar vendiendo unos libritos de sopas de letras, sudokus y crucigramas. Se acercó a nosotros y nos los ofreció. Dijimos “no, gracias” (respuesta que se ha vuelto casi automática al momento de ver que un vendedor ambulante nos interpela). Reparé cuidadosamente en él, no sentí rastro de desconfianza o incomodidad, por el contrario, sentí tranquilidad y simpatía: era un señor de piel morena, acento alegre, cuerpo fuerte y trajinado, pelo y barbas canosas. Puede que mienta en tal descripción, pero así es la memoria: creadora, no informativa sin más.

El señor se quedó mirándome por un rato (que de seguro fue corto, pero siento que para ambos fue como una corta eternidad), sonrió y con tono alegre me dijo que le recordaba a su comadre Marcela, o tal vez Mariela, un nombre anónimo que para él era Ella: el recuerdo de una mujer que estimaba, y en la que no pensaba hace un buen tiempo. Lo puedo asegurar ya que luego de ofrecernos de nuevo los cuadernillos, reiteró mi parecido con ella. Dijo que teníamos un color de piel similar, que la forma de mi cara le hacía recordarla. Cuando dijo esto sus ojos se tornaron vidriosos, en ellos se retenía un agua salada y dolorosa. Luego se despidió, nos deseó buena tarde y se fue con una sonrisa dibujada en su rostro.

Creo que este momento fue valioso por su organicidad, su sinceridad y su

coincidencia. Ese hombre será siempre anónimo para mí, al igual que la mujer que recordaba. Pero, aunque yo fui anónima para él, por ese corto instante fui un recuerdo, una alegría, y a la vez una amargura. Para ese vagabundo, para ese conocedor de pasos y de asfaltos, recordar a su comadre fue, tal vez, volver del exilio a su tierra, a su espacio. O tal vez fue recordar por medio de ella aquel lugar al que no se volverá. O el anhelo por encontrar ese lugar donde ella esté. Aquel hombre hace que me llene de tal veces gracias a mi parecido con Marcela. Esa unión de anonimatos es lo que nos muestra la importancia de vernos, de prestar atención a la vida ascendente que nos rodea.

Dentro del anonimato yo fui para aquel señor su comadre Marcela. Fui la que generó en él un recuerdo que tal vez ya había guardado en el sótano de su memoria. Y fue solo gracias a ese contacto, tan corto y tan cotidiano, que fue posible para él recordar su recuerdo.

Camila Coral Fernández



La experiencia visual y narrativa de *Seances* me recordaba a la ciudad. Los recorridos que emprendemos nunca duran lo mismo, aun si es un viaje en bus que hacemos todos los días. Lo que vemos está constantemente cambiando. Si pensamos, las escenas que vemos siempre cuentan con protagonistas diferentes, incluso las estructuras estáticas como edificios, puentes y semáforos, también tienen sus propios filtros y efectos: la suciedad, la lluvia, el smog, las evidencias del paso del tiempo, las expresiones artísticas como el grafiti, etc.

El primer ejercicio de multiplicidad y construcción rizomática de la imagen que realicé tomó como referente el cortometraje *Nowa Książka* (*Nuevo libro*) de Zbigniew Rybczyński. En *Nuevo libro*, la pantalla está dividida en nueve cuadros diferentes, cada uno representando un lugar. El elemento unificador de las acciones en los diferentes cuadros es un libro que pasa de mano en mano. Todas las historias ocurren paralelamente, como si fuera en tiempo real. Las acciones que ocurren en los diferentes cuadros nos permiten vincularlas en una narración lineal. Es como si pudiéramos mirar una ciudad a través de un circuito cerrado de televisión. El ejercicio de Rybczyński exploraba la ciudad como rizoma en espacio y tiempo.



Nowa Książka (*Nuevo libro*) de Zbigniew Rybczyński. 1975

En mi propuesta, la pantalla se dividía en un collage de nueve videos que cambiaba constantemente de manera aleatoria. Las secuencias que componían el gran cuadro eran escritas de participantes en el proyecto junto a mis grabaciones de la ciudad. Estas grabaciones contenían elementos comunes a la experiencia de vivir las calles: rostros, miradas, lugares públicos, objetos que evidencian el haber estado allí y el no lugar que está siempre presente, como el asfalto y el cielo. El concepto de rizoma me ayudó a romper las estructuras jerárquicas, arborescentes y dialécticas por unas simultáneas, de cruce, aun aceptando lo caótico que podría ser.



Primer ejercicio con múltiples secuencias. Noviembre 2017

Por primera vez conseguía, aunque fuera en la imagen, producir esa red rizomática, cambiante y aleatoria que es habitar la ciudad y encontrarse con otros. Las caras se intercambiaban, los escenarios pasaban de día a noche, la quietud de las calles contrastaba con los buses atestados, las evidencias de posibles encuentros aparecían. La narrativa singular se volvía múltiple.

También por primera vez la hegemonía de la narrativa clásica, que había marcado el proyecto, se veía contrastada con la narrativa de base de datos. Evidentemente, esta última expresaba de forma más precisa mi inquietud sobre la ciudad.

Concluí que mi proyecto debía residir en la internet, tras entender que es un medio que privilegia este tipo de narrativa. Podría generar un proyecto web con una base de datos audiovisual abierta y en continuo cambio; y podría utilizar algoritmos y lenguaje de programación para dinamizar la forma del proyecto. Adicionalmente, la difusión del proyecto también podría ser viral y rizomática.

Todos los referentes que he mencionado hasta aquí sirvieron para que el proyecto tomara la forma que tiene actualmente. Desde lo visual, decidí que la imagen no estuviera dividida. Las secuencias seguirían expresando mi visión de ciudad y se conectarían con las voces de los ciudadanos relatando sus experiencias. Registros espontáneos con mi celular, en las calles, en los buses, en los parques, los conciertos, etc. También, tomas más elaboradas de cuando salía en busca de relatos.

El material se categorizó en rostros, lugares públicos vinculantes, situaciones donde se manifiesta un encuentro en potencia, objetos que evidencian el haber estado allí, y texturas de la ciudad. Los rostros, principalmente su mirada, son los posibles protagonistas; los lugares públicos, los escenarios; Las situaciones, las escenas; los objetos evidencia, los recuerdos; y las texturas, como el cielo lluvioso, el arte. Estas categorías toman prestados elementos comunes de la narración clásica que dislocaría en una narrativa no convencional.

Las secuencias son cortas para evocar la fugacidad del encuentro en la ciudad. Funcionan como fragmentos de un gran cuerpo que se mezclan de manera aleatoria. La articulación impredecible, dada por el algoritmo, permite realizar conexiones entre los fragmentos que debían ser numerosos, para complejizar ese gran cuerpo.

Los relatos, por su parte, están únicamente registrados en audio. Están además fragmentados en tres grandes categorías: inicio, nudo y final. De nuevo, utilizando la estructura narrativa más clásica. Sin embargo, las historias no se pueden escuchar completas porque en lugar de ir inicio – nudo – final, van: tres inicios – tres nudos – tres finales. Esto es permitido por la programación de los algoritmos que operan independientemente para el video y para los audios.

La intención detrás de esta decisión es conseguir que los relatos recreen la experiencia de ir por la calle y escuchar solo pedazos de conversaciones, para luego completarlas en la mente, o solo ignorarlas. Estos encuentros fugaces a pesar de ser potentes, son difusos a la hora de recordarlos. La anécdota queda, pero los detalles se olvidan.

Produciendo conexiones rizomáticas entre las imágenes y las voces, cada persona que visitara el proyecto web, encontraría un video nuevo. Esta secuencia, de aproximadamente dos minutos, le permitiría conocer varios relatos que, a su vez, formarían uno nuevo. La experiencia sería única e irrepetible cada vez, como salir a caminar por la ciudad.

Estas son las ideas principales que busco explorar con este proyecto *Cuenta la Ciudad, relato colectivo*. Ha sido un maravilloso viaje académico y personal. Esta versión inicial, es una obra que no es rígida ni estática y, por el contrario, necesita muchas partes móviles que la hagan cambiar y mutar en todas las direcciones.

Esta obra tiene que ser rizoma.

La femme qui chante

Han pasado tres días.

Sigo creyendo que los encuentros fortuitos son albuces, ruletas rusas que no escatiman en poner la bala en cualquier cuerpo, aunque tal vez sea precisamente ese cuerpo el que deba ser impactado por el azar.

Se necesitan algunas condiciones fundamentales para que el encuentro fortuito se dé: un camino, tal vez corto o largo; una chica con la disposición para cantar en medio de la ciudad al mediodía sin que le interese lo que digan los demás o si su entonación es apropiada (aunque sabe que está buscando la afinación perfecta para que el camino sea amable); un transeúnte foráneo sin dirección ni ubicación espacial más allá de lo que Google Maps pueda decirle; y por supuesto una canción que le permita a uno de los dos decidirse por hablar y empezar una conversación que se prolongará hasta donde puedan, hasta donde los breves instantes de la vida permitan crear mundos posibles.

Consideraba que estaba cantando para mí, suelo hacerlo siempre que vuelvo de casa, después de almorzar, cuando voy de camino a la oficina. No pienso mucho en la canción ni en lo interesante que pueda sonar... lo hago porque es la forma de abstraerme del mundo, de confesarle a la ciudad que quiero estar sola y que el ruido atroz del medio día me abrume. Yo cantaba para seguir mis pasos y despejar la ansiedad que astutamente ataca. Se acercó y me preguntó si hablaba inglés, a lo que pude responder con tranquilidad que sí: me abordó sin ningún afán más que los que llevaban mis pasos... no camino rápido pero tampoco puedo esperar la marcha del otro.

Me dijo que debía ver una película que tiene como trama exactamente lo que estaba sucediendo en ese momento, un encuentro fortuito con una chica que canta; entonces mi sonrojo por el afán se convirtió en un calor abundante surgido de la pena. Ahora que lo pienso, creo que endulcé la palabra para que él se acercara, pues nada pudo haber sido más natural que ese encuentro.

Caminamos un rato, zigzagueando mientras cruzábamos la Plaza de Bolívar... él no había visto nunca tantas palomas juntas, yo no quería desviarme de la ruta hacia mi trabajo. Así que justo cuando los caminos se bifurcaban, debía irse y yo seguir mi camino, le di mi teléfono y la promesa fue hablarnos después, en algún momento.

TEMPS DE DÉSESPOIR

Dudé de todo. Cada destreza o desventaja cruzaba mis pensamientos como balazos provenientes de cualquier dirección a mi alrededor, así se siente el

azar: juzgué mi habilidad para hablar con extraños, mi nivel de suficiencia en lengua inglesa, mi espontaneidad para entender historias y reírme de ellas, mi soledad, el afán de los días, mi voz y afinación, mis posibilidades de hacer amigos, la pertinencia del vocabulario que uso para expresar mis ideas, mi empatía, y las infinitas ganas de hablar con alguien que no sea yo misma (en ocasiones me hastió de mis soliloquios y me percaté de la pérdida de mi pericia para socializar... me cuesta mucho estar con otros).

Así me fui... con mi andar hecho nudos y mi cabeza arrinconada por las balas suicidas. Nada pudo haber sido tan poético como patético.

En la oficina me dijeron que me veía feliz, que estaba sonriente, que cuál era la razón de tal expresión en mi rostro. Y una de las secretarias lo sabía: me había visto con él. Pero no era exactamente él la razón, era la circunstancia misma, que yo hubiera sido el blanco del azar, esa voz atractiva que incitó a otro a acercarse.

La secretaria resolvió: usted está muy joven como para estar sola.

SENTIMENTS DIFFICILES: UNE CHANSON

A las 7.30 pm escribió para acordar donde íbamos a vernos antes de que se desconectara, pues no tenía forma de escribirme después.

La Torre Colpatria, el color del parque Renacimiento y el frío de la séptima con 26 auguraban una noche llena de túbidos. Está bien, tengo que aceptar que no era un hombre atractivo, que su acento británico afectado por su ascendencia libanesa me era terriblemente confuso y parecía estar todo el tiempo bajo efecto de las drogas; pero era él en su otredad o yo en mi desarraigo: me escogí por encima de cualquier cosa y quería simplemente hablar.

Caminamos por calles oscuras que le producían un miedo terrible, hablaba de su amor por los animales, de la desilusión que le generaba ver gente abandonada en la calle, de los lugares que había visitado en Colombia, su próximo trabajo en Londres, el impacto que le causó comer bandeja paisa y buñuelos, el frío que no pensaba sentir en Colombia, y su sorpresa por saber que yo iba todas las mañanas a misa de 7 am. “¡Debes amar la iglesia! Yo, en mi caso, no tengo religión” semejante frase me daba vueltas y me generaba angustia por él.

Compramos un té que no era ni parecido a lo que él esperaba tomar, resolvió comer arepa rellena de pollo con mantequilla y avena; tiritaba de frío y después de caminar por la Candelaria casi una hora y media, tomó mi mano para decirme... “quiero oírte cantar”.

*ELLE NE SE SENT PAS VRAIMENT PRÊTE MAIS
ELLE PRÉFÈRE CHANTER CETTE CHANSON*

Antes de la medianoche volví a mi casa, caminamos cerca de seis cuadras mientras jugábamos a preguntarnos cosas tontas para responder solo con la verdad. No lo decidí así, pero él quería ser más amable de lo que yo podría ser. Le conté lo romántica que había sido mi primera cita con alguien; supe que él trabajaría por dos años en Londres sin poder tener una vida social de las que uno hace a los 27 años; tal vez volverá a Colombia cuando termine su contrato, y viva en Medellín, porque, por alguna razón que puede ser el clima, le encantó esa ciudad y quisiera radicarse allí.

Cuando no pudimos hablar más, me besó. Las cosas de la vida no son gratuitas y nada puede darse por sentado. Si fueran otros tiempos, me habría quedado en ese beso, habría creído que eso jamás iba a volver a ocurrir y habría decidido ir más allá de lo que el beso suponía, habría apagado mi sistema moral para perderme con ese extraño por algunas horas. Pero, las cosas de la vida no son gratuitas, y de nuevo, nada debe darse por sentado. Así que era más fácil despedirse y desear un feliz viaje.

Catalina Morales



No hace falta que nos volvamos a ver

Cuando la gente comenzó a salir del auditorio León de Greiff, ambos, Vanessa y yo, nos pusimos de pie, le entregué al perro que durante toda la conversación había estado tranquilo.

- Ya por fin salieron.
- Sí, menos mal.

Sonreímos y cada uno emprendió su camino. Ella fue hacia la puerta del auditorio y yo hacia los salones donde mi novia tenía clase.

Este proyecto se ha desarrollado en Bogotá durante mi paso por la Maestría en Creación Audiovisual de la Universidad Javeriana. Han sido dos años de trabajo, no necesariamente continuo, donde el tema de reflexión ha tomado varias formas. La razón de que haya escogido esta ciudad obedece a ser el lugar donde habito y reflexiono; es mi experiencia inmediata.

Esto no quiere decir que el proyecto no pueda ser adaptado casi que a cualquier ciudad moderna. Al ser un proyecto web, se abren las posibilidades de que este ejercicio se replique en otras ciudades, para que la articulación de relatos y las diferentes conexiones que de allí se desprenden sea aún más amplias.

Un ejemplo de esto es el proyecto *Life Underground*, una serie web documental que permite al usuario hacer un recorrido de metro a través de catorce ciudades diferentes. Las historias de ciudadanos de Tokio, Santiago de Chile, Berlín y Hong Kong, entre otras, se articulan y complementan para dar una mirada más amplia de lo que significa la experiencia de montar en un metro.

Para que el proyecto crezca, se hace entonces necesario que cuente con la colaboración de más personas. No solo a través de sus testimonios, sino también de forma creativa. A lo largo de este texto, usted se ha encontrado con varias anécdotas de encuentros en la calle proporcionados de manera libre por ciudadanos que deseaban colaborar con esta iniciativa. Estos textos e ilustraciones harán parte de una colección digital que se encontrará en la plataforma web.

Por otro lado, el aplicativo tampoco está finalizado. Hay varios elementos que quedaron por fuera por cuestiones de tiempo. En una segunda versión, por ejemplo, me gustaría que la imagen se complejizara con la superposición de filtros: gotas de lluvia en las ventanas, sombras que se proyectan en el asfalto, manchas de aceite, niebla, etc. Diferentes texturas de la ciudad se posarían de manera aleatoria sobre el video. También me gustaría que las imágenes ya no expresaran solo mi mirada, sino también la de más colaboradores.

Cuenta la ciudad, relato colectivo, además del aplicativo web sobre el que ha tratado este texto, pretende ser una plataforma que agrupe iniciativas artísticas y documentales que aborden la ciudad como tema de reflexión y experimentación.

Así, más adelante podría realizar diferentes cartografías del espacio. Una que llama mi atención, por ejemplo, es sobre los lugares donde la gente se ha enamorado o le han roto el corazón. Las posibilidades realmente son innumerables. Más allá del punto en que se encuentre el proyecto ahora, lo claro es que continuará creciendo, no por un capricho, sino porque esa es su naturaleza.

Reflexionar sobre mi paso por la ciudad me ha generado más preguntas que certezas. Vivir la ciudad es una experiencia que nos trasciende, aun cuando no lo notamos. En la calle hacemos parte de una gran red que no para de mutar. Nos conectamos como raíces. Compartimos nuestra vida, así sea por unos segundos, con completos desconocidos. Todos somos, al mismo tiempo, fundamentales e insignificantes para este sistema que nos engulle.

Este proyecto estuvo atravesado por las voces que nos acompañan todos los días, y que casi siempre son mudas. Los ciudadanos, sus experiencias y relatos fueron la inspiración, y su participación directa fue lo que hizo posible este proyecto.

Agradezco profundamente su generosidad por participar de este proyecto artístico y académico. Cada voz que registré me ratificó el sentido de realizar este ejercicio. Espero que quien conozca la obra participe desde los recuerdos que evocan las calles y la ciudad en su mente.

Toda persona interesada en participar de este proyecto, puede hacerlo.

- Daniel Garrido Durán -



www.cuentalaciudad.com

Bibliografía

Debord, G. (1958). Teoría de la Deriva. *Internacional situacionista*, vol 1: La realización del arte, 50.

Deleuze, G., & Guattari, F. (2008). *Mil Mesetas, Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: PRE-TEXTOS.

Kinder, M. (2003). Designing a Database Cinema. En M. Kinder, *Future Cinema* (pág. 349). USA.

Kinder, M. (2011). Reorchestrating History: Transforming The Danube Exodus into a Database Documentary. En *Cinema's Alchemist: The Films of Peter Forgács* (pág. 240).

Kinder, M. (2016). <http://www.marshakinder.com>. Obtenido de <http://www.marshakinder.com>: <http://www.marshakinder.com/concepts/o3.html>

Proyectos influyentes no mencionados en el texto:

Learning to love you more – Miranda July y Harrel Fletcher
www.learningtoloveyoumore.com

Hole in Space – Kit Galloway
www.medienkunstnetz.de/works/hole-in-space/

Hyperlocal – Sean Embury www.hyperlocal.nfb.ca

Humans of New York – Brandon Stanton www.humansofnewyork.com/about

The Johnny Cash Project – Chris Milk www.thejohnnycashproject.com

Lecturas recomendadas:

Párrafos sobre Arte conceptual - Sol Lewitt

De los espacios otros - Michael Foucault

Métodos de la Détournement - Guy Debord y Gil Wolman

El lenguaje como material - Kenneth Goldsmith

Ciudades invisibles - Ítalo Calvino

Imaginaros urbanos - Nestor García Canclini

Bogotá imaginada - Ismael Silva



MIENTRAS ESPERABA EL TRANSMI PARA IR A CASA...



ESTO COMPLETA TOTALMENTE MI DIA



HOY FUI A UNA ENTREVISTA. LLEGUE TARDE POR EL TRAFICO, ME DESCARTARON DE INMEDIATO POR MI EDAD, SIN IMPORTAR TODOS MIS ESTUDIOS, NO ALCANCE A ALMOZAR Y PERDI ALGUNOS DOCUMENTOS.



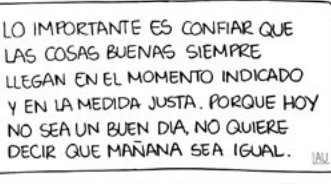
UN DIA REALMENTE COMPLICADO



SI, PERO NO HAY QUE ESCANDALIZARSE



AL VER MI CARA DE SORPRESA ME DIJO:



LO IMPORTANTE ES CONFAR QUE LAS COSAS BUENAS SIEMPRE LLEGAN EN EL MOMENTO INDICADO Y EN LA MEDIDA JUSTA. PORQUE HOY NO SEA UN BUEN DIA, NO QUIERE DECIR QUE MAÑANA SEA IGUAL.



LE SONREI



TODAVIA HAY PERSONAS QUE MANTIENEN VIVA SU ESPERANZA



DESPUES DE PENSARLO UN MOMENTO

... FUI MUY FELIZ.